

Herrán, Fermín

Juicio crítico del drama
Don Francisco de Quevedo
de D. Eulogio Florentino Sanz.

JUICIO CRÍTICO

DEL DRAMA

DON FRANCISCO DE QUEVEDO,

DE

D. EULOGIO FLORENTINO SANZ,

POR

FERMIN HERRAN

[de l]a Academia Cervántica Española, del Centro Literario Vascongado, de la Biblioteca Escogida, de la Crónica de los Cervantistas [y] Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia.

Folleto primero.



VITORIA
Administracion
calle de Postas, número 3.

MADRID
Librería de Victoriano Suarez,
Jacometrezo, 72.

Imprenta de José Iturbe, San Francisco 23.
1873.

Estudios críticos del Teatro Español del siglo XIX.

JUICIO CRÍTICO

DEL DRAMA

DON FRANCISCO DE QUEVEDO,

DE

D. EULOGIO FLORENTINO SANZ,

POR

FERMIN HERRAN

de la Academia Cervántica Española, del Centro Literario Vascongado,
de la Biblioteca Escogida
y Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia.



MADRID
Librería de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72.
1873.

A mi queridísima amiga
la inspirada poetisa
Patrocinio de Biedma
su admirador
Fermín Herrán

Imprenta de José Iturbe, S. Francisco, 23, Vitoria.

Al Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

MI BONDADOSÍSIMO AMIGO:

Si no tuviera la seguridad de que V. ha de acoger este trabajo, obra imperfecta de un aprendiz, como acostumbra á hacerlo con otros del mismo género, la insignificancia, quizás, me hubiera detenido en mi propósito de dedicárselo.

Yo he querido hacer un cuadro y he hecho un boceto del mismo asunto que ha dado á V. motivo para una obra maestra; (1) *sírvase V. admitir bajo su patrocinio este débil ensayo que dedica á V. en prueba de admiracion y de cariño, su amigo verdadero*

Fermin Herran.

Vitoria, Agosto, 1872.

---

(1) El Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, ha coleccionado, ordenado é ilustrado las *Obras de Don Francisco de Quevedo,* habiendo visto la luz pública en el tomo vigésimo tercero de la Biblioteca de autores espa-

ñoles de D. Manuel Rivadeneyra. Este trabajo que es el mejor del Sr. Guerra, á la vez que lo es tambien de todo cuanto se ha publicado sobre Quevedo, está escrito con prodigiosa erudicion, galanura sin rival y tal elegancia que es lo más acabado que en su género conocemos. En el prólogo de *La Primera Coleccion* del primer tomo de *La Biblioteca Escogida* hemos dicho «su obra sobre Quevedo es el esfuerzo más prodigioso que anotadores y compiladores han hecho en la literatura española.»

DON FRANCISCO DE QUEVEDO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS

POR

D. EULOGIO FLORENTINO SANZ.

I.

Vamos á discurrir sobre la joya dramática cuya denominacion encabeza este artículo, en tanto que hacinamos materiales suficientes y maduramos el pensamiento de escribir nuestra HISTORIA CRÍTICA DEL TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XIX, obra de gran importancia, cuya realizacion nos hemos propuesto en defecto de escritores que podrian hacerlo de una manera más satisfactoria y ménos imperfecta.

Ya en más de una ocasion, instigamos al diligente crítico y tan sábio escritor como

inspirado poeta D. Juan Eugenio Hartzenbusch (1) á que comenzara un estudio crítico sobre el teatro contemporáneo, no siendo obstáculo alguno á nuestra súplica, que figurando él en primera línea el estudio quedaría incompleto, toda vez que nosotros nos ofrecíamos á cubrir ese hueco en el caso de no encontrar crítico alguno, que á escribirlo se prestase, por que más discreta y sábiamente que nosotros siempre habia de hacerlo; pero más de una vez, tambien, nuestro querido maestro y amigo, hubo de manifestarnos «que no se hallaba en estado de escribir eso ni nada» porque «no veia bien y no podia sujetar la pluma cuando escribia.» (2)

---

(1) Dramaturgo aplaudidísimo en *Los Amantes de Teruel, Alfonso II el Casto, La Jura de Santa Gadea, El mal Apóstol y el buen Ladron, etc.*, y aventajado crítico en sus trabajos sobre Cervantes, Calderon y García Gutierrez.

(2) En una carta de los primeros dias de Julio de 1872, instigábamos al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch á que publicase unos estudios sobre crítica dramática que creíamos habia escrito; y á que continuase tan importante trabajo, y con fecha 10 del mismo mes, nos contestó las palabras que encerramos entre comillas.

Al sentir la necesidad de la obra á que venimos haciendo referencia, nos acordamos de los Sres. D. Manuel Cañete, (1) D. Juan Valera, (2) D. José Amador de los Rios, D. Aureliano Fernandez-Guerra, y algunos otros cuyos nombres ahora no acuden á la memoria, pero, inmediatamente tuvimos que prescindir del primero, porque el hecho de haber comenzado á leer en el Ateneo de Madrid varios discursos sobre esta materia sin que mostrase intencion de continuarlos no sabemos por qué, nos hace creer que no entraba en sus cálculos el tomar á su cargo esta clase de trabajos; (3) del segundo, por haberse

(1) Escritor de notable criterio, autor de dos dramas más que regulares; y de eruditas y concienzudas críticas.

(2) Don Juan Valera, autor de sonoros versos, de atinadas críticas, de luminosos discursos; hombre que acierta á vivir real y verdaderamente en la atmósfera de su siglo, que piensa con el pensamiento de la época que les ha dado el ser... como dice el Sr. D. Juan Alonso Eguilaz, en su libro *En sério* y *en broma,* 1866.

(3) No conocemos más que tres lecciones que D. Manuel Cañete leyó en el Ateneo de Madrid el año 1847, que publicó *El Faro* en los números 235, 244 y 250, intituladas: *Curso de Literatura Dramática, ó exámen crítico del Teatro Español desde* 1833 *á* 1847.

dedicado á la política, perdiendo la literatura el mejor crítico que tenia; del académico Rios (1) por haberse dedicado á otros trabajos críticos tambien de suma importancia; del erudito Fernandez-Guerra por no haber mostrado una prediteccion marcada á los estudios de la dramática moderna; y á los demás porque estamos seguros que ninguno tendria hoy la suficiente abnegacion de consagrarse al estudio de una obra que le costaria tantos desvelos como desengaños habia de recibir despues de concluida; y hoy son contados los Fernandez-Guerra, Amador de los Rios, Michelet, Braga y Lafuente que dedican una vida de trabajo sin descanso á obras que producen más gloria que beneficio y más consideracion que bienestar.

Convencidos, pues, de la probabilidad que habia de que la obra no se escribiese, deci-

(1) Don José Amador de los Rios, ha escrito la *Historia Crítica de la Literatura Española* y la *Historia de los Judíos en España.* Obras de gran mérito, sobre todo la primera, sin rival en su género en Europa.

dímonos á comenzarla y mientras ordenamos el plan y podemos empezar á darla á conocer, vamos á publicar una série de folletos, escritos sin método ni propósito determinado, en los que examinaremos detenidamente «Don Francisco de Quevedo, Los Amantes de Teruel, Simon Bocanegra, Venganza Catalana, Alfonso II el Casto, ¿Quién es ella? La locura de Amor, Doña María de Molina, El Trovador, El drama Nuevo, Don Alvaro ó la fuerza del Sino, El haz de leña, El Cid y Don Juan Tenorio, dramas; El Pelayo, El Edipo, Virginia y La Muerte de César, tragedias; y El Hombre de Mundo, Marcela, El tanto por ciento, El arte de hacer fortuna y La cruz del matrimonio, comedias.»

II.

Buena prueba del desórden que acompaña á nuestro trabajo, es el empezar por Don Francisco de Quevedo, sin que sepamos explicarnos la causa que motiva nuestra pre-

dileccion, y sin que se justifique, si añadimos, que no es la mejor de todas las obras que hemos de examinar, ni Florentino Sanz el más querido de nuestros dramaturgos, ni el más preciado de nuestros poetas, ni sabemos si el más cariñoso de nuestros amigos, toda vez que no tenemos el honor de tratarle y sí tan sólo el de admirarle por su notable talento y modestia nada refinada, cualidad que se echa de ver hasta en sus obras. Pero de la misma manera que no tenemos razon alguna para principiar por D. Francisco de Quevedo tampoco la tenemos para no empezar por ella y una vez que es la primera que se nos ha ocurrido no queremos desandar lo andado y proseguimos.

Cuando la revolucion literaria habia desaparecido; cuando la literatura española atravesaba una época de desaliento y de atonía, despues de haber pasado otra de exaltacion y actividad; cuando no escribian para el teatro, Quintana, Martinez de la Rosa, El Duque de Rivas y Hartzenbusch, y escri-

bian poco Ventura de la Vega, Escosura, García Gutierrez y Gil y Zárate; cuando Rodriguez Rubí, Breton de los Herreros, Zorrilla y Romero Larrañaga abastecian todos los teatros de dramas y comedias, y todas las prensas de versos; cuando acababa de tener lugar la tercera revolucion francesa que echó por tierra el trono popular de Luís Felipe; cuando el romanticismo estaba en decadencia y habian muerto Larra y Espronceda, los dos fenómenos de nuestra literatura contemporánea, y no conservaban aquel ardor que años ántes les animara Saavedra, Ochoa, Asquerino y García Gutierrez; cuando Ventura de la Vega estaba descontento de su dictadura teatral, y el público, del Teatro Español, del Instituto, de la Cruz y de Variedades y los críticos Fernandez de los Rios, Barrantes y Montemar de los autores y de los teatros y del director y del ministro de Fomento, que por conservar en su punto á Vega, poco á propósito para aquel cargo, no por escasez de talento—que

lo tenia muy grande—sino por su carácter irresoluto, bondadoso, y por demás abandonado, perjudicaba notablemente á nuestro teatro, apareció D. Eulogio Florentino Sanz con su notabilísima obra D. Francisco de Quevedo.

Sanz era por aquel entónces un poeta melancólico, sentimental; compañero de Enrique Gil, el más sentimental de nuestros escritores; conocido por sus preciosas composiciones publicadas en varios periódicos; ignorado completamente como autor dramático y en concepto de muchos, con una dósis de ignorancia teatral sólo comparable al buen criterio y á la exagerada modestia, de que en abundancia tan extraordinaria estaba adornado. Así que su «Quevedo» fué un verdadero acontecimiento literario en 1848.

Leyendo y discurriendo sobre esta obra, mil veces pensamos que debió sorprender á el mismo autor el éxito por ella alcanzado, y eso, que no fué tan grande como lo mereciera, apreciacion que han de donfirmar los

críticos venideros, si es que, como creemos, no ha sido suficientemente aplaudida y celebrada por los presentes, más ligeros y superficiales de lo que era de esperar y no por falta de conocimientos y dotes sino por la premura con que todo se escribe y por que como dice Alfonso Karr y todos convenimos en ello, «en este siglo se vive muy de prisa, aplicando el vapor á la literatura que debiera ser conducida en «galeras aceleradas.»

No sabemos lo que pensaria, ni el objeto que se propondria el Sr. Sanz al escribir «Don Francisco de Quevedo;» pero podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que es tan aventurado como atrevido, penetrar el pensamiento del poeta, esforzándolo notablemente para poder asimilarlo al de los críticos, sacándole del cauce natural por el que, en nuestro concepto, debe marchar, y en el que más fundadamente pueden encontrarse los pensamientos del poeta y del crítico, toda vez que los dos discurren sobre idéntico asunto y marchan sin esforzar los medios

por el más ó ménos tortuoso sendero de un criterio natural, comun y, muchas veces, vulgar.

El atribuir al autor opiniones determinadas, propósitos señalados de antemano, objetos meditados con anterioridad, pensamos que no es discurrir con acierto y que será motivo de acertar una vez y disparatar muchas, esposicion ó probabilidad de que el crítico debe huir, si no quiere arrastrar en pos de sí el menosprecio y abandono merecido y justificado cuando se sigue tan fatal camino.

El asentar que el autor del «Quevedo» se propuso censurar á Felipe IV, por su abandono, poner de manifiesto el despreciable carácter del Conde Duque de Olivares, pintar el estado de corrupcion político-social en que España se encontraba bajo el penúltimo reinado de la casa de Austria, vindicar al malogrado pero imprudente Conde de Villamediana, y otras mil opiniones que algunos aventuran, es tan absurdo como

poco favorable para el autor, que perderia notablemente ante una crítica desapasionada y severa, por que nada de aquello ha conseguido sino medianamente y por que además hubiera sido caminar por estrechas veredas y terrenos extraños, nada relacionados con el objeto dramático que, seguramente, no podria competir en esta clase de averiguaciones y propósitos con las historias escritas por buenas y eruditas plumas, sobre los mismos asuntos. Antes creemos, y todo parece hallarse en nuestro favor, que el autor sentia necesidad de manifestar la simpatia que tenia por Quevedo; bullia dentro de sí un genio poético á que no habia dado salida; genio que necesitaba espansionarse, que buscaba gloria, que alimentaba entusiasmo extraordinario; genio español que admiraba á los genios españoles; genio que contemplaba con fantasmagórico deseo el siglo de oro de nuestra literatura, pero que alentaba y respiraba el espiritu de su siglo, y por esta razon, cuando estudiaba á Lope, le encontraba cor-

tesano, á Calderon indiferente, á Góngora oscuro, á Montalban intrigante, á Villamediana imprudente, á Tirso escandaloso, á Moreto descuidado, á Alarcon oscurecido, y sólo hallaba en Quevedo el hombre tan político como poeta, tan sábio como modesto, tan entendido como burlado, tan sarcástico como desgraciado, tan irónico como bondadoso, tan mezquino como grande. Alma sin rival, que representaba el genio de aquella época que no ha tenido semejante, y protesta continuada de la corrupcion que todo lo minaba. Centinela avanzado, colocado por la Providencia en el camino del vicio, más aún, en el límite del abismo, que vivia con la corte, con los cortesanos, con los reyes, y que parecia decirles «vuestra fuerza es mayor que la mia, no he de poder venceros, pero gritaré aunque me arrastreis y las generaciones venideras sabrán lo que habeis sido.» (1)

---

(1) Véase de qué manera tan elocuente retrata el señor

Presentábase á la imaginacion de poeta,

---

don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe á Quevedo y á la nacion española:

«Valiente político, profundo filósofo, gran hablista, padre de los donaires y de las gracias, el más regocijado, entretenido y popular de nuestros escritores.»

«La claridad y viveza de su imaginacion, el despejo de su talento y la fuerza de su memoria, unidos á un fogoso amor al estudio le dieron ya desde la niñez la celebridad que van quilatando los siglos»..... «Ya sea por esta curiosidad ingénita, ya porque le arrastrase á ello su humor burlon, festivo y maleante, nuestro autor buscó siempre entretenimiento y enseñanza en todas las clases y estados de los hombres. No descansó hasta poseer la llave de oro para asistir á las secretas conferencias de los príncipes, para entrar en la cámara de los monarcas, en los palacios de los próceres y ministros, y con igual franquicias en las casas de prostitucion, en los garitos de los jugadores y en los zaquizamíes de los matones y pordioseros. Así pudo comprender lo más secreto del corazon humano, conocer y retratar con pincel valiente y asombroso colorido la sociedad entera sus imperfecciones, sus estravagancias y delirios.

«A la sazon hallábase envilecida la plebe:..... «El labio enmudecia cobarde, el valor sacrificábase al antojo de un tirano, y la adulacion estendia el poder de los reyes, subiéndolo más que lo que la razon y el derecho piden. Atentos á engrandecer sus casas, ya los próceres no llevaban al combate sus propios vasallos,..... regalones, holgazanes y viciosos habian trocado en sanguijuelas de sus pueblos no siempre bien adquiridos; esprimíanlos como esponja; desustanciábanlos, destruíanlos..... los oficiales y minis-

como el hombre más universal de su época, (2) pero apesar de todo, ni en sus aventuras de mozo, ni en las de hombre, ni en el im-

---

tros no llevaban á sus destinos y gobiernos otro deseo que el grandísimo de enriquecerse, ni ponian jamás la mira en el provecho comun, sino en el propio.

. . . .

. . . .

Aplicó primero el cauterio á los vicios del individuo aislado, luego á los desórdenes de las familias, á las corporaciones despues, á los gobiernos últimamente. De entónces se ve al escritor consagrado todo á la política, hacer de ella el principal objeto de sus investigaciones, dedicarle el precioso tesoro de sus conocimientos, el fruto de sus viajes, el estudio práctico de los negocios y la experiencia adquirida en los pequeños y sagacísimos estados de Italia. Hostiga con habilidad la privanza de Lerma, y combate, armado de valor, el tiránico valimiento de Olivares; inspira energía y dignidad al príncipe, avisa al favorito, señala el único y verdadero camino de acertar rey y reino en sus acciones: y ni las amenazas traban su lengua, ni los premios y dádivas embargan su voz, ni los hierros y persecuciones quebrantan su entereza. Muere escribiendo para enseñanza de los ministros, de los monarcas y de los pueblos.»

(2) Continúa el señor Guerra:

«Antes de cumplir quince años, ceñia laureles en teología por la famosa Universidad Complutense; era á los veinte y tres años reconocido como uno de los poetas más ilustres.......... La filosofía, la moral, la física y la medicina, las ciencias sagradas, los derechos civil y canónico,

portantísimo papel de embajador cerca de la república de Venecia, que desempeñó por los tiempos en que el duque de Osuna, su favorecedor, era virey de Nápoles; ni en sus encarcelamientos de San Márcos de Leon, hallaba el Sr. Sanz, motivo suficiente para el enredo de un drama de la importancia que él deseaba hacerlo. A duras penas pudieron escribir sus autores «Una Broma de Quevedo» y «La Boda de Quevedo», dramas más medianos que notables, valiéndose el primero de una de las pesadas burlas de aquel notable ingenio y aprovechando el segundo el matrimonio contraido por Quevedo en 1634 con doña Esperanza Cetina de Aragon. Tantas dificultades, nacidas indudablemente del especial carácter de Quevedo y de no haber prestado oidos al amor, verdadero maravillero de toda obra dramática, y de imprescincible necesidad, hicieron discurrir y me-

los historiadores y los poetas antiguos y modernos, las lenguas sábias, y de las vivas las más útiles, apenas saciaron su hidrópico anhelo de saber é indagar.»

ditar á el Sr. Sanz, más de lo que él pensara meditar y discurrir, pero no fué infructuoso tanto trabajo, porque halló medio de crear un buen argumento, bien que para ello fuese necesario falsificar la historia, haciendo sentir á la Infanta Margarita profundo amor hácia Quevedo. Y no seremos nosotros los que censuremos al Sr. Sanz por faltar á sabiendas á la historia, que son, en nuestro sentir, de poca monta las pasiones ocultas de altos personages y, además, porque no reportan daño alguno á la historia, errores tan señalados sobre hechos conocidos y nada dudosos.

III.

El argumento de «Don Francisco de Quevedo» es como sigue: La privanza de Olivares está en su apogeo, ha conseguido desterrar á Ocaña á la Infanta Margarita, separar á la Reina del Rey, valiéndose para ello de las odiosas relaciones que parece media-

ron entre aquella y el Conde de Villamediana, por cuyos amores fué este asesinado el 21 de Agosto de 1821, (1) no dándole más tiempo que el necesario para escribir con

---

(1) Juan de Tarsis y Peralta, Conde de Villamediana, nació en Lisboa el año de 1580. Se ocupan de tan ilustre personaje D. Luis Haro en su *Nobleza de España;* el señor Hartzenbusch en un precioso discurso, D. Cayetano Alberto de la Barrera en su *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro Antiguo Español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo* XVIII. Cervantes en su *Viaje al Parnaso* capítulo VIII hace fama de sus liberalidades y grandezas en aquellos tercetos, que principian.

«*Será D. Juan de Tarsis de mi cuento etc.*»

Don Manuel Juan Diana, en su trabajo *El Conde de Villamediana. Apuntes sobre su vida y escritos;* dice con motivo de su muerte «El Domingo 21 de Agosto de 1621, recibió el Conde su anónimo que se conserva y no estampamos aquí por indecoroso, en el cual se le anunciaba la muerte; pero ajeno de temor, se fué á palacio en su coche y allí el confesor del ministro D. Baltasar de Zúñiga ..... le aconsejó que se guardase, á lo que el Conde le replicó con despego que *sonaban sus razones más de estafa que de advertimiento* y léjos de hacer caso, toma otra vez su coche y se anduvo casi todo el dia paseando en él por Madrid, acompañado de su amigo D. Luis de Haro..... Carecía entónces Madrid de alumbrado público lo cual.... amparaba la alevosía. En los portales que hacen esquina á la callejuela de San Ginés (hoy de Coloreros) habia un hombre acechando, envuelto en una capa..... éste al llegar el carruaje frente á la callejuela de San Ginés, pronunció en alta voz el nombre de Villamediana..... asomó-

sangre unas pocas letras que hacen gran papel en el drama y que segun el Sr. Sanz, dicen así:

«Muero, es justo; la beldad
amé, que en el trono ví.....
Pero siempre—es la verdad—
ignoró su Magestad
este ciego frenesí.
Jamás hablamos los dos.....
Lo jura mi alma cristiana
ya en la presencia de Dios!
Muero....... perdonadle vos!
Con sangre....... Villamediana.

y que se hallan en poder del Conde-Duque, á quien sólo Quevedo se atreve á hacer frente, la Infanta Margarita se propone salvar la vigilancia del Conde-Duque y entrar de incógnito en Madrid, hablar al rey y denunciar algunas faltas de Olivares, con lo que supone lograr lanzarle del poder. Para ver al rey necesita el auxilio de Quevedo y con este

---

se entónces el Conde y el embozado con la prontitud del rayo disparó una ballestilla, cuya flecha aguda y cortante le atravesó el pecho rompiéndole dos costillas.

Don Francisco de Quevedo en sus *Anales de quince dias* «Su familia estaba atónita, el pueblo suspenso, y con verle sin vida, y en el alma pocas señales de remedio..... tuvo su fin más aplauso que misericordia.»

objeto le escribe una carta anónima, en la que le da cita en la iglesia de San Martin. En este momento, principia la accion del drama en la escena.

«Una plazuela que se supone ser la de San Martin, á uno de cuyos lados está la fachada y gradería del templo, representa el escenario en el primer acto; á la iglesia acude Quevedo y, poco despues, llega la Infanta Margarita, pero no entra en San Martin sin que ántes el Conde-Duque, que ha tenido noticia de su fuga de Ocaña, la descubra y tenga con ella una escena en la que, en boca de los dos, pone el autor alguna de las cosas que juegan gran papel en la intriga del drama. La Infanta sube las escaleras que conducen al templo, despreciando el acompañamiento que la ofrece el Conde-Duque, y admitiendo la mano que, oportunísimamente, la dá Quevedo desde el dintel de la puerta, todo lo cual contribuye á exasperar más y más á Olivares. Este al saber que Margarita tiene que ir á la iglesia, manda á Medina que la

asesine. Medina que se halla escondido en una casa, oye la conversacion de Olivares y la Infanta y al descubrir el alto rango de la que va á ser su víctima, desiste de su intento y así se lo manifiesta á el Conde-Duque, en la escena X, que sigue á la en que Margarita entra en la iglesia. Medina exige, para su seguridad, que Olivares firme un papel que ha escrito en la casa y que dice:

«A la Infanta Margarita
darás hoy mismo la muerte.»

Olivares esclama:

«Nunca..... á ese precio.»

pero se ve obligado á transigir, ante la indiferencia de Medina, que se marcha diciendo:

«............... Está bien;
otro lo hará más barato.»

y ante los pensamientos que cruzan su imaginacion y que él expresa de esta manera:

«(¡Oh! ¡Si ella no muere hoy
todo lo pierdo mañana!...)
. . . . , . .
¡Líbrame de ella!
(Despues
yo me libraré de tí!)»

Así las cosas, Quevedo sale del templo y se dirige..... no se sabe dónde. Poco despues se marchan tambien Mendaña, Castilla y Grana, quedando Medina sólo á tiempo en que Margarita, cubierto el rostro, abandona las «tinieblas». Se dirige aquel, puñal en mano, á asesinarla, pero Quevedo—que, á juzgar por su oportunidad—está aguardando la aventura, se lanza sobre Medina, le quita el puñal, le desenvaina la espada, le agarra la capa cuando quiere huir, quedándose con ella en las manos y arrojándole al suelo el acero, le dice:

«Ahora, hierro contra hierro.»

Trémulo Medina, inventa disculpas mientras busca un sitio para escaparse

«Mas vuestro nombre
. . . .
Ved... que... el duelo... no es igual
. . . .
(¿Qué diré?) Por de contado
yo estoy sin capa.....
. . . .
¿Conocéisme descubierto?
Yo... no os conozco embozado.»

Nada es suficiente á evitar el lance con

Quevedo, que tira su capa al suelo, diciendo:

«Ya que tanto alambicais
pronto una capa se quita.»

Momento que aprovecha Medina para dispararle una pistola, pero le falta, y Quevedo esclama con frescura y serenidad pasmosas:

«Mala pólvora gastais.»

En tan amargo trance, Medina coge la espada, y á los pocos momentos cae atravesado por la de Quevedo. Este huye precipitadamente, equivocando las capas y tomando la de Medina. A poco rato, aparece la Infanta; luego la ronda; Margarita quiere huir y vacila, y se detiene junto á la escalera; la ronda con Olivares á la cabeza, examina al muerto, y encuentra la capa de Quevedo, Olivares lo dice así en voz alta y al oirlo Margarita, esclama con terror:

«¡Muerto....... Gran Dios!»

y se desmaya: acude el Conde-Duque á donde ha oido el grito y..... cae el telon. Así es el acto primero, cuyas bellezas y defectos vamos á resumir en breves palabras.

Es digno de notar que los monólogos sue-

len ser las mejores escenas, cualidad más propia de poetas líricos que dramáticos, así en este acto, es buena la escena IV, es importante la VI porque en ella se dice que Villamediana fué asesinado por mandato de Olivares; el monólogo de la escena VII, está bien versificado, y se dice en él lo que debe decirse en semejante ocasion; la VIII es más dramática; pero la más bellísima de todas es la XI; en los siguientes versos empieza á manifestar el autor, la profundidad de su estudio y la escesiva meditacion que ha tenido sobre su héroe:

«QUEV. En palacio á la Duquesa
por mi fé de caballero
prometí poner..... Bien..... pero
¿cómo cumplir mi promesa?
Con audacia... —¡Desatino!—
Por ardid..... —Ese Guzman
es tan cauteloso y tan.....
—Dios me enseñará el camino.
—Con fuertes contrarios lucho.....
Pueden y..... —¡Tambien yo puedo!
¿Quién me auxilia? ¿Quién? ¡Quevedo!!
Sí..... sí.....
(Tocándose la frente y el pecho.)
¡Los dos podeis mucho!
Grande el pensamiento aquí,

y aquí grande el corazon,
armas de victoria son.....
venzo de seguro... sí!
—Tal vez no... —Sí!... —No... comienzo
á dudar... —¡No!... ¡venceré!!
—¿Cómo?... ¡Cómo!... —No lo sé,
pero de seguro venzo!»

. . . .

La más interesante de las escenas de este acto es la XIII, en que Medina trata de asesinar á la Infanta y la siguiente en que el autor pone una frase en boca del Conde-Duque, de la que saca gran partido, no sólo en este acto sino en los demás del drama.

Debemos hacer notar, cómo una belleza de primer órden y de una notable habilidad dramática, la equivocacion de las capas, no por lo que en el primer acto representa, sino por lo mucho que en los otros sirve al autor, dando lugar á las mejores escenas. (1)

(1) Hemos oido que habiéndole algunos amigos observado al autor el dia de la primera representacion de *Don Francisco de Quevedo,* cómo Márcos, el criado de Quevedo, no habia conocido que la capa que su señor habia llevado aquella noche no era la suya, el señor Sanz contestó:—«Era necesario que aquel dia no limpiase el criado la capa de Quevedo, para que hubiese drama, y sucedió lo que yo necesitaba.»

Los defectos más señalados que tiene este acto, son, algo lánguido, hijo sin duda del carácter de los principios de todas las obras. Es forzadísimo y no tiene disculpa alguna el que tenga lugar la mejor escena del acto. ¿Qué razon hay para que Quevedo salga de la iglesia ántes que la Infanta? No puede admitirse el que fuese á preparar la manera de que Margarita entre en palacio, por que, cómo se disculpará, entónces, la aparicion de Quevedo á tiempo de impedir el asesinato de la Infanta? En nuestro concepto, el autor necesitaba echar á todos de la iglesia y lo ha conseguido, pero sin cuidarse de justificarlo. ¿Á qué viene, tambien, la escena XII, en que Mendaña, Grana y Castilla, preguntan por Quevedo y suponen contra toda razon que se habrá ido por la otra puerta? Porque una de dos, ó se ha marchado ántes, en cuyo caso, se ha podido ir por la misma puerta que ellos, ó si estaban colocados cerca de esta puerta, debieron necesariamente verle, y si se fué por la otra y no le vieron, no deben

deben suponer tan pronto que

.... «En algun lance.....

. . . .

sin duda por la otra puerta
fuese detras de un romance»

cuando puede estar en la iglesia. La mayor parte de esta escena la hallamos completamente inútil. ¿No hubiera sido mucho mejor que la Infanta hubiera salido inmediatamente despues de hablar con Quevedo y que éste saliese de la Iglesia cuando Medina se lanza puñal en mano sobre Margarita?

No recordamos tampoco, que los favoritos de los reyes fuesen jefes de rondas, ántes por el contrario, solian ser más de una vez los galanteadores orígen de las sangrientas aventuras; pero disculpemos esto en gracia del gran interés que debiera tener el Conde-Duque en el asunto.

Tiene por objeto todo el acto segundo preparar la entrada en palacio de la Infanta y para ello se vale el Sr. Sanz de medios tan ingeniosos como naturales, tratándose de Quevedo. Las escenas VII y XI; en que la

Reina va á orar en la primera y vuelven al escenario sus acompañantes en la segunda, son un dechado de ingeniosidad y aticismo, y la XIV que impresiona gratamente, es digno complemento de las anteriores. Quevedo está siempre en su elemento, afortunado unas veces, como cuando descubre el papel en la capa de Medina; intencionado otras, como en la lectura del soneto, saca partido hasta de las cosas más contrarias como es aprovechar la guardia que por mandato de Olivares va á prenderle, para introducir en palacio á la Infanta. En este acto hay más travesura, se ve al hábil autor dramático y apesar de los buenos monólogos que tiene, no pueden entrar en competencia con las notables escenas dialogadas que abundan en todo él.

Con dificultad se dará, ni aun en el manantial inagotable que la tradicion ha trasmitido á la posteridad, de «salidas» de aquel prodigioso escritor nada más hábilmente ingenioso que los rasgos siguientes.

. . . .

«Quev. ¡Es necesario matar!

Oliv. ¡Matar!.......

Quev. (Soplando inmediatamente la luz y con acento de indiferencia.)
Sí: matar la luz.

. . . .

Oliv. Ocurrencias vuestras son;
matar la luz... ¿para qué?

Quev. Segun las reglas seguras
de un autor, que de eso trata,
siempre que la luz se mata,
es..... para quedarse á oscuras.»

. . . .

La accion del acto tercero, tiene lugar un mes despues de la del segundo. El drama crece en interés y todo el juego de este acto está en la Infanta, Olivares y Quevedo. El objeto de las doce escenas de que consta, está reducido por parte de Olivares á poner preso á Quevedo y por parte de éste á librar á la Córte del yugo del favorito, y á la Reina de la impureza de que la acusa su marido; en medio de Olivares y Quevedo, Margarita desempeña un papel interesante. No sabemos si el juego de este acto lo pensó el autor ántes de escribirlo, si así sucedió,

Sanz quizás no tenga rival en el artificio dramático, entre los autores contemporáneos; pero sospechamos que tan felices combinaciones, salieron sin saber por qué, y en este caso,—sin que tratemos de rebajar por esto el mérito que tiene—el Sr. Sanz ha hecho bien en no escribir más obras dramáticas. (1) Este acto es, en nuestro concepto, el mejor del drama y uno de los mejores del teatro español.

Está todo, en él, perfectamente preparado, los caractéres se manifiestan en toda su pequeñez unos y en toda su grandeza otros, su versificacion es tan severa, como profundos los pensamientos que encierra.

La escena primera, es un monólogo que dice Margarita; no cabe una lucha más grande que la que sostiene, entre su orígen real y su afecto que quiere negarse á sí misma y que le hace prorumpir:

. . . .

«—¿Qué pasa por mí?... Quevedo...

(1) No ignoramos que ha escrito alguna otra, pero son de poca importancia, si se esceptúa *Achaques de la Vejez.*

—¡Siempre fijo en mi memoria!...
¡Oh! la gratitud... Sin duda...
no puede ser otra cosa.
¡Cierto!... la altiva Duquesa
Margarita de Saboya,
que no conoció en su vida
más voluntad que la propia;
la que, nunca dominada,
siempre fué dominadora
con su voluntad de hierro
y su corazon de roca;
esa mujer soberana,
con su altivez por corona,
siempre es la misma, la misma!...
—¡No!... delante de él es otra!...
Otra, sí... Nadie en el mundo
logró lo que ese hombre logra.....
Quevedo ¡ay Dios! me fascina.....
—¡Jamás!... ¿Qué digo? ¡Estoy loca!
—No, delante de Quevedo,
mis megillas se coloran
y mis ojos se humedecen
y mi mente se trastorna!
¡Sí!... Siempre al sentir sus pasos,
temblé... como tiemblo ahora
sin sentirlos..... ¡Sin sentirlos!
—No... los siento en mi memoria!»

La segunda escena es el mejor romance de todo el drama, diálogo tenido entre la Reina y la Infanta. Las escenas cuarta y quinta están admirablemente preparadas, siendo la aparicion de Quevedo oportuna.

Aquí el acto se hace más interesante, ya Quevedo en palacio, no perdona medio alguno para arrancar á Olivares el papel en que se prueba la inocencia de la Reina, y para ello, tiene lugar la sesta escena. La historia, en boca de Quevedo, está tan bien traída como narrada, las interrupciones de Olivares dan más interés á la relacion, y termina con una redondilla que encierra un pensamiento humanitario y caritativo que enaltece más el carácter del protagonista:

«Entre hacer el bien del bueno
y el mal del malo, dudara,
sólo un hombre que abrigara
ese corazon de cieno!

Dudamos que se haya escrito nada que retrate mejor, moralmente, á Quevedo, que la parte de la escena sétima que á continuacion copiamos. Pinta la situacion de Quevedo con una melancolía que vela la desesperacion y el profundo dolor de que estuvo poseído siempre el corazon de aquel desgraciado talento. Si habla de los demás, los satiriza en un sólo verso, y cuando de él se

ocupa, cada palabra es un ¡ay! arrancado por el continuo padecer, padecer más horrible y desgarrador, por que tenia la desgracia de no ser comprendido ni aun de sus «más queridas» personas.

. . . .

«QUEV. . . . .—Es fuerte apuro
que me hayan de perseguir
necios siempre, y de seguro
con este infame perjuro:
«Quevedo, hacednos reir.»
Y es, por Dios, contraste horrendo,
y aun vice-versa nefando,
y hasta sarcasmo estupendo,
que ellos escuchen riendo
lo que yo digo rabiando.
—Tal vez por que se desvíen,
suelto un chiste insulso y frio.....
mas de gusto se deslien
y tanto á veces se rien
que al fin... yo tambien me rio.
—Risas hay de Lucifer...
risas preñadas de horror!
Que en nuestro mezquino sér,
como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor!
—Necios, los que abrís las bocas,
abrid los ojos!... Quizás
vereis que mis risas locas
son de lástima no pocas
y de tédio las demás!.....
—No!... con su chata razon

no comprenden, cosa es clara,
que mis chistes gotas son
de la hiel del corazon
que les escupo á la cara.
—Y jamás librarme puedo
de ese infernal retintin,
que ya me produce miedo:
«divertirnos vos Quevedo»
—y hablo y les divierto al fin.—
¿Qué tal?—Me divierto mucho,
dice, al divertirse, un bicho,
ya en diversiones muy ducho.....
—Y con qué temblor lo escucho,
yo que en mi vida lo he dicho!—
Sí... los necios de mil modos,
que se divierten discurro
hasta por cogote y codos...
Y yo, al divertirse todos,
siempre me canso y me aburro.
(Pausa)—
Cansado estoy de cansarme
y aburrido de aburrirme.......
—Necios... venid á enseñarme
cómo tengo de arreglarme
para saber divertirme!
—Y si en torno, hasta morir,
sólo necios me he de hallar
y con necios sonreir
y entre necios divertir
viendo á los necios bailar;
—Padre Adan!... Tu parentela
miré yo en corro infinito,
á la luz de una pajuela,
bailando la tarantela.....
pues..... y el baile de San Vito!...»

En la escena octava, entrega Olivares á Quevedo su «carta póstuma» que no es otra que el escrito de Villamediana y recibe en cambio la «carta inédita» que posee Quevedo, en la que se manda matar á la Infanta, y que halló en la capa de Medina. La escena siguiente es notable por la valentía del verso; no los tiene «Don Francisco de Quevedo» más valientes que estos:

«OLIV. . . . . La historia .
reparad, buen Quevedo, y pues en Flandes
á los Girones encontrais tan grandes;
buscad á los Guzmanes en Tarifa,
y enseñad á la gente
Guzmanes y Girones frente á frente.
QUEV. Guzmanes!... Si tan ínclitos varones
crecido hubieran con bastardos planes
como vos, que heredásteis sus blasones...
frente á frente Guzmanes y Girones,
no diera yo un Giron por cien Guzmanes!
OLIV. Vive Dios.......
QUEV. Un Guzman, con su heroismo
nombre de Bueno conquistó en Tarifa!...
—Hiciérais vos lo mismo?
Ese ilustre Guzman de pecho fuerte,
más fuerte que su malla,
su cuchilla arrojó por la muralla
y á un hijo dió la muerte.....
—Padre noble y leal!—Mísero padre!
Si él en el hondo porvenir leyera,

la muerte á todos con sus manos diera
y ahogando en pos á la inocente madre
su lanzon por un báculo trocara,
y en un cláustro muriera,
y estinguido su raza, nunca hubiera
un Guzman, como vos, que le afrentara!»
. . . , ...

Sale Quevedo abandonando á Olivares, pero el capitan de guardia le detiene y trata de apresarle, este desenvaina la espada y se defiende, pero á la mayoría del número—que no á mayor valor cediera su pericia y corazon fuerte—se ve obligado á retroceder hasta llegar á la habitacion que momentos ántes abandonara, en donde le desarman, y en el momento de ponerle preso y cuando Olivares se goza en su triunfo, aparece la Infanta y dice:

«Al embajador que hoy vino
de la córte de Sicilia
quiere ver su Magestad.»

con lo cual consigue ponerle en libertad pagando así los muchos favores que á Quevedo debe, y con lo cual termina el acto tercero, que no dudamos ponerle en el lugar preferente, como el más dramático, el más há-

bilmente conducido, el mejor desarrollado, el inspirado más artísticamente y en el que más abundan los pensamientos magníficos y la versificacion rotunda, armoniosa, fácil é intencionada. . . . .

En el acto cuarto, el drama camina á su desenlace con naturalidad. Unas primeras escenas en que la Providencia siempre se muestra hostíl á los buenos, son el principio de este acto; consigue Quevedo «prender su esperanza» en la capa de Olivares «con alfileres,» y puestas en conocimiento del Rey las faltas del Conde-Duque, se apresura á desterrarle, y el autor se vale de un gran medio para redondear el acto y concluir la obra, presentando una escena de muchísimo efecto, que es, la de la «copa de oro.» Este acto, sin embargo, no vale tanto como el anterior, apesar de que tiene bellezas de primer órden.

Las cuatro escenas primeras, apenas si tienen nada de notable. En la cuarta, el autor, pone en boca de Mendaña el orígen de

la ceremonia de la copa de oro; la octava es oportuna y agradable; en ella Olivares hace gala de la seguridad que tiene de que el Rey no leerá la carta que Quevedo le quiere entregar, este manifiesta la confianza que tiene de que su ingenio le sacará adelante y el público aplaude cuando, al terminar la escena, se ve á Olivares que sube las escaleras del fondo que conducen á la cámara real, llevando el papel de Quevedo en el espaldar de su capa, prendido con alfileres.

La siguiente escena entre Margarita y Quevedo es sumamente tierna y hé aquí de qué manera manifiesta el último, la pasion que siente por la primera:

«(Corazon, si eras de hielo,
cómo es que hoy te siento arder.
¿Quién inflama tu tibieza?
Y este afan, esta zozobra.....
Ay! el corazon me sobra,
y me falta la cabeza.
Amor... Tú dices que sí...
Tú has dicho siempre que no...
Cierto, yo tengo otro yo,
que combate contra mí!
—El corazon y la mente
—El sentimiento y la idea.....

El espíritu que crea,
y el espíritu que siente!...
Si entrambos contrarios son,
quién?... Segun lo que aquí siento
mal sujeta el pensamiento
las alas del corazon!)»

La escena undécima, entre Quevedo y Olivares, nos parece escusada, porque, si bien es cierto que en ella se hace apurar el cáliz de la amargura y del dolor, no lo es ménos, que el desenlace no hace tanto efecto, porque, como el final está próximo, el público sospecha que el triunfo de Quevedo está cercano y se afirma y prevee la conclusion, perdiendo así mucho en efecto escénico, cuando oye el diálogo siguiente:

«OLIV. Cayó en mis manos á fé
que el cómo, gracia os hará.
—El buen Rey se paseaba,
y yo en su mesa escribia;
pero él que á mi espalda estaba,
muy curioso me miraba....
Y al fin con sorpresa mia:
—Quién á mi buen favorito
pone mazas sin respeto?
dijo, y me dió el papelito.
QUEV Cómo!... El Rey os dió el escrito?
OLIV. (Riéndose)
Sí.

QUEV. Pues anduvo discreto.
OLIV. Suponeis?...
QUEV. Que lo leyó.
OLIV. Eso al punto me temí.....
mas conmigo se rió
de la gracia y... ví que no.
QUEV. Pues luego vereis que sí.
OLIV. No.—Al partir, muy lisongero
me habló el Rey... Besé su mano...
QUEV. Pues así lame el cordero
la mano del carnicero.....
OLIV. Delirais.—El Soberano
con su real mano despues
puso una carta en las mias
para la reina.....
QUEV. Eso es.....
Y no os ha ocurrido, pues,
que era la carta de Urias?
OLIV. Eso pensais?
QUEV. Sí, por Dios!
todo el rey lo sabe ya;
ya no sois uno los dos!
ya el Rey os execra á vos!
. . . .

Todo favorece á la escena duodécima: el anhelo del espectador por una parte, la curiosidad excitada en las anteriores escenas por otra, así que, se oye con religioso silencio y con una ansiedad que se convierte en placer al ver el desenlace de la tan hábilmente preparada escena. En ella se mues-

tran grandes Margarita y Quevedo, y miserables Olivares y Mendaña.

En realidad, el drama debiera terminar aquí, pero era necesario hacer algo más en favor de Quevedo y de la Infanta, por que si no, con la misma razon, pudiera ser protagonista la Reina; este objeto tienen las dos escenas últimas. En la décimatercera, la Reina acompañada de la córte, va á recibir al Rey. Sólo Quevedo, permanece olvidado y se retira á la soledad de la escena. La Infanta, que adora á Quevedo con un amor grande, ideal, profundo, le sigue y en ocasion oportuna, aparece á la vista de Quevedo; entónces rotas las vallas del sentimiento, se enseñan sus corazones desgarrados por violenta pasion y los dos se elevan á la altura grande en la que cada palabra es amarga queja que exhalan dos corazones igualmente lastimados. El autor, en esta escena, que es la décimacuarta, está más elevado y más propio que nunca, en pocos versos hace la apoteosis de dos almas tan nobles

como desgraciadas, enseña dos corazones tan elevados como infelices.

ESCENA XIV.

Quevedo.—Luego Margarita.

«Quev. Todos se van!—Yo me quedo.
—Bien; importe por importe,
si se restan con el dedo
debe la córte á Quevedo
lo que Quevedo á la córte.
Todos, en tan fausto dia,
van á donde el viento va
en revuelta algarabía.....
—Quevedo en tanta alegría,
quién de tí se acuerda ya?
(Margarita aparece; y al ver que Quevedo comienza á bajar por la izquierda, baja por la derecha mirándole con afan.)
Con su ayer y sus historias,
un recuerdo... está perdido
siempre en el hoy de las glorias!...
Que al fin siempre las memorias
son merienda del olvido!
Tu presencia en tal morada
fuera un recuerdo importuno...
Y hoy al fin de la jornada
al pensar todos en nada,
ya no piensa en tí ninguno.
En tí, ni aun despues de todo
—si á buena luz lo escudriñas—
pensarán... como el beodo
piensa, al empinar el codo

en el que plantó las viñas.
—Quién se acuerda ya?... Lo sé
(Baja el último escalon y se vuelve hácia la derecha: Margarita á su vez sigue el movimiento contrario.)
Ninguno, ninguno.....
(Viéndola.)
Ah! Sí...
(Se acerca.)
En este momento á fé
pensaba.....

MARG. Comprendo en qué...
y errásteis pensando así.

QUEV. Perdonadme... en tal momento...

MARG. Que así me ofendiéseis vos!

QUEV. *(Con emocion.)*
Yo siento

MARG. *(Idem.)*
Tambien yo siento!

QUEV. Dulce y comun sentimiento,
que es el alma de los dos!

MARG. *(Señalando el corazon.)*
Siempre aquí!

QUEV. *(Idem.)*
Tambien aquí!
Inmenso, ideal, profundo!...

MARG. Digno de vos y de mí.

QUEV. *(Asiendo las manos á Margarita.)*
Y eterno, eterno!

MARG. Sí, sí!.....
—Pero que lo ignore el mundo!

QUEV. Á ser nacimos quizás
siempre amantes...

MARG. Siempre buenos...

Ay! venturosos... jamás!
(Separándose con dolor.)

QUEV. Por qué yo no nací más?

MARG. Por qué yo no nací ménos?
-Lo hizo Dios... y Él nos lo advierte:
un loco amor dió por fruto,
—no siendo comun su suerte—
á Villamediana muerte
y á la Reina llanto y luto!...
Tales son sus condiciones...
mi sosiego y vuestra vida
por fugaces ilusiones.....
—Dénse nuestros corazones
la postrera despedida!

QUEV. Qué desventurado soy!

MARG. *(Con acento de persuasion.)*
Muerto fué Villamediana...
(Movimiento desdeñoso de Quevedo.)
y la Reina.....

QUEV. *(Interrumpiéndola.)*
Basta.—Hoy
mismo á mi villa me voy.

MARG. Bien! Yo á un convento mañana!

QUEV. Y allí con honda querella
diré á mi suerte cruel;
por qué me separas de ella!
Y vos.....

MARG. Yo diré á mi estrella;
Por qué me separas de él!

QUEV. *(Con amargura.)*
Adios!

MARG. Adios!

QUEV. *(Aparte y alejándose lentamente por la derecha.*

(Á la orilla
morir ahogado!... Oh tormento!)

MARG. *(Idem, idem, por la izquierda.)*
(Arde el llanto en mi megilla.)

QUEV. *(Con profundo dolor volviéndose desde la puerta.)*
No os olvideis de la villa!

MARG. *(Llorando y volviendo tambien desde el lado opuesto.)*
Pensad vos en el convento!

Más que natural parecia, que concluyese en esta escena DON FRANCISCO DE QUEVEDO, pero parecióle al autor, sin duda, poco oportuno terminar una obra, en que hace de protagonista el más satírico de nuestros escritores, con una situacion tan sentimental y quejumbrosa, y le asaltó, al parecer, la idea de que todavía Quevedo habia escarnecido poco á los necios que tanto le mortificaran, y á satisfacer estas dos exigencias, está destinada la última escena, digna en un todo de la índole de la obra y que no desmerece en lo más mínimo de las demás.

Tal como lo hemos hecho, creemos que hemos dado una idea exacta de lo que es la obra de D. Eulogio Florentino Sanz, y si se

tachase de algo oscuro el argumento que presentamos, diremos, que no lo tiene más determinado la obra que hemos analizado detenidamente; y nosotros, más que á manifestar su argumento en breves palabras, nos hemos dedicado á examinarlo en todas sus partes. No es esta obra de aquellas cuyo argumento está tan enlazado que, dicha la primera palabra, se comprende y deduce lo demás, porque, realmente, el argumento de QUEVEDO está reducido á presentar al protagonista en una série de circunstancias desfavorables, en donde se pone á prueba su ingenio, y á manifestar, en conclusion, el alma grande de que estaba dotado. El mérito de este drama se halla en la habilidad con que prepara las escenas y en el gran efecto de las mismas: drama de bastante artificio, está, el que tiene, admirablemente conducido y aprovechado, y el alto interés que escita, unido á la oportunidad de las escenas, son, en nuestro concepto, las principales dotes que le avaloran.

Defectos hallamos algunos, que hacen desmerecer algun tanto la obra, sobre todo, leída, pero debemos advertir que las obras dramáticas, son para vistas en escena y no para examinadas en escondido gabinete, y decimos esto, porque DON FRANCISCO DE QUEVEDO, representada, es una obra poco ménos que perfecta.

No obstante, las disculpas que damos á sus defectos, cumpliendo el objeto que nos hemos propuesto, vamos á apuntar algunos lunares que la perjudican.

Hallamos atrevido en demasía, que Quevedo desenvaine su espada en las gradas del palacio real y se bata con la guardia, como sucede en el acto tercero.

Es absurdo, aunque no defecto dramático, el suponer que Medina guardara el secreto del asesinato de Villamediana desde el año 1621 hasta el 1643, esto es; 22 años, sin que Olivares, que tenía en manos de aquél su vida y que tan poco escrupuloso era, no lo mandase matar, ó sin que Medina huyera de

Madrid, no siendo objecion de peso el que al lado de Olivares tenia su fortuna, por que Medina tenia el suficiente talento para comprender el peligro que corria. Además, debemos advertir, que la mayor parte de los historiadores convienen en que el asesino se llamaba Ignacio Mendez. (1)

Lo mismo diremos de la Reina que está por espacio de 22 años pidiendo el escrito de Villamediana á Olivares.

Escrúpulo—que no suelen tener los asesinos como Medina—nos parece el que tiene este, en el acto primero para asesinar á la Infanta y con sus exigencias pone más de relieve el defecto que anotamos, manifestando que Medina no era un asesino vulgar é

---

(1) En manuscritos de la época hallamos, con visos de verdad, que el matador del conde, vendido acaso al de Olivares, se llamaba Ignacio Mendez, natural de Illescas. Otra version supone, que el matador fué Alonso Mateo, ballestero del Rey.

D. M. J. Diana.=*Ilustracion de Madrid*, núm. 9, del 12 de Mayo de 1810, pág. 6.ª

inconsciente. Perdonámoslo, sin embargo, por necesitar Quevedo un arma defensiva contra Olivares.

Hay mucha oscuridad con respecto á la manera de llegar á poder de Quevedo la carta de Margarita despues de haberla leído el Conde-Duque.

La Reina no debe dudar del Rey, en la escena décimatercera del acto cuarto, en que este ha desterrado á su favorito.

¿Cómo se comprende que no esté Quevedo en el acto de reconciliacion entre la Reina y el Rey, siendo él la causa y asistiendo toda la «corte» de los Reyes?

En la escena décimacuarta del último acto, en que, por su voluntad, se separan Margarita y Quevedo, cualquiera otra frase hubiera sido más propia y más natural que la palabra «separas,» del verso:

«Por qué me *separas* de ella!»

En cuanto á caractéres diremos que Quevedo y Margarita son grandiosos y están

sostenidos á la misma altura, si no á mayor, al último que al principio, Olivares está históricamente retratado. Grana y Castilla no hacen falta y este último es defectuosísimo, inconcebible. Mendaña, sólo se puede admitir por dar más interés á algunas escenas y formar contraste con Quevedo. Es difícil sustentar y atrevido suponer que la córte de España, en aquella época, no tuviese más que necios. Por esto, es pobre en movimiento, contribuyendo no poco á aumentar esta pobreza los caractéres defectuosamente presentados de Castilla, Grana y Mendaña. En esto, el autor ha estado desgraciadísimo, pero este defecto se debe, indudablemente, al deseo de engrandecer á sus dos héroes, la Infanta y Quevedo, á los que ha dedicado las primicias de su talento. La Reina, está bien delineada. Pero la condicion que da importancia y valía á la obra que ha sido objeto de nuestras observaciones, es el que ha popularizado á Quevedo, presentándole no sólo satírico, chocarrero y escandaloso, sino for-

mal, profundo, desgraciado y amargo en sus melancolías y en sus quejumbres. (1)

Tal es el juicio que nos merece Don Francisco de Quevedo, obra de D. Eulogio Florentino Sanz, que ha conquistado uno de los primeros puestos, en la lista de los dramaturgos españoles del siglo XIX.

Tal vez, nuestro trabajo parecerá una série de paradojas incomprensibles; sin duda alguna, se nos tachará de ligeros y superficiales al juzgarlas, pero conste, que al emprender este trabajo, no nos hemos erigido en censores infalibles, ni creido eximirnos de errores y juicios equivocados.

Admitiremos con placer cuantas observaciones, razonadamente fundadas, se nos hagan, y protestamos de que nuestro ánimo, únicamente ha sido el popularizar esta clase de estudios en España, donde tan abando-

---

(1) Podemos asegurar que hasta que el Sr. Guerra publicó su valiosísimo trabajo, no se veia en Quevedo más que un poeta satírico, mordaz é indecente y un pensador vulgar y extrafalario.

nada yace, para mengua nuestra, la crítica dramática. (1)

FERMIN HERRAN.

---

(1) No es tan escaso el número de críticos españoles que en el presente siglo han dedicado sus trabajos á la dramática. Dejando á un lado Fígaro, Moron, Ochoa, Velaz Medrano, Gil, etc. en los tiempos que alcanzamos, podemos citar algunos que alcanzarían crecida reputacion y no la dieran menor á su pátria, si más apremiantes ocupaciones no les tuviesen alejados de este campo literario. Juan de la Rosa Gonzalez, revistero teatral de *La Iberia,* Federico Balart, de *La Democracia,* D. R. de Arrese, de *El Porvenir Alavés,* Antonio Sanchez, del *Gil Blas,* é *Ilustracion de Madrid, Marcelo*, de *El Tiempo,* Antonio Peña Goñi, de *El Imparcial, Asmodeo,* de *La Epoca, Cardenio,* de *El Gobierno,* Benito P. Galdos, de *El Debate,* Cortazar de *La Revista de España,* etc. y otros muchos no ménos inteligentes que daremos á conocer en nuestro opúsculo *La Crítica,* y *Los Críticos Españoles.*

OBRAS

DE

DON FERMIN HERRAN.

Publicará esta empresa, cada dos meses, un folleto de más de cincuenta páginas, en 8.º francés, elegantemente impreso, que contendrá juicios críticos, novelas, comedias, dramas, artículos y poesías, que, unidos cuatro ó seis cuadernos podrán fomar un tomo y, separados, harán un estudio completo, costando á los suscritores DOS REALES cada folleto en toda España.

Principiará la publicacion

POR LAS OBRAS SIGUIENTES.

Estudios críticos del teatro español del siglo XIX.—Coleccion de juicios críticos sobre las mejores obras dramáticas del teatro español.

Retratos y parecidos.—Estudios bio-bibliográficos sobre los escritores de España y Ultramar.

La tribuna española.—Estudios sobre los oradores españoles.

Historia de la Sociedad Vascongada de los Amigos del País.

Emilio Castelar—Estudio bio-bibliográfico.

Historia de Alava.—(En colaboracion.)

Magdalena y Hermilio.—(Novela filosófica.)

Cervantes y *los Cervantistas.*

Gonzalo de Baraona.—(Drama.)

Estudios críticos.

Se suscribe en las principales librerías de España. Los pedidos se dirigirán al administrador de la empresa, calle de Postas, 5, Vitoria.